

Las Ciencias Naturales en España:

1939-1979 Una política científica funesta

Francisco Bellot Rodríguez

Catedrático de la Universidad Complutense

CON motivo de la Conferencia de la ONU sobre Ciencia y Tecnología, se ha afirmado en algunos medios que los resultados de la investigación científica en España no corresponden al gasto realizado, que no podemos exportar tecnología y, sobre todo, que los gastos de personal son excesivos en relación con el gasto investigador propiamente dicho.

Nos ha parecido oportuno hacer un resumen histórico de uno de los patronatos en los que el organismo encargado de regir la investigación en España puso más interés, dinero y personal. Me refiero al Patronato Alonso de Herrera.

Mucho se ha escrito sobre la Investigación en estos últimos años, y curiosamente se han achacado sobre la Universidad las culpas de una falta de investigación, precisamente por quienes recibían ayuda del C. S. de I. C. Entre estos quejosos citaremos al ex-rector Rodríguez Villanueva.

Excepcionalmente han defendido a la Universidad los profesores Lozano Irueste, Laín Entralgo, Gallego y Vian Ortuño. Bien es verdad que Laín, desde las alturas de la Filosofía, propugnaba unas soluciones a nuestro juicio hipotéticas.

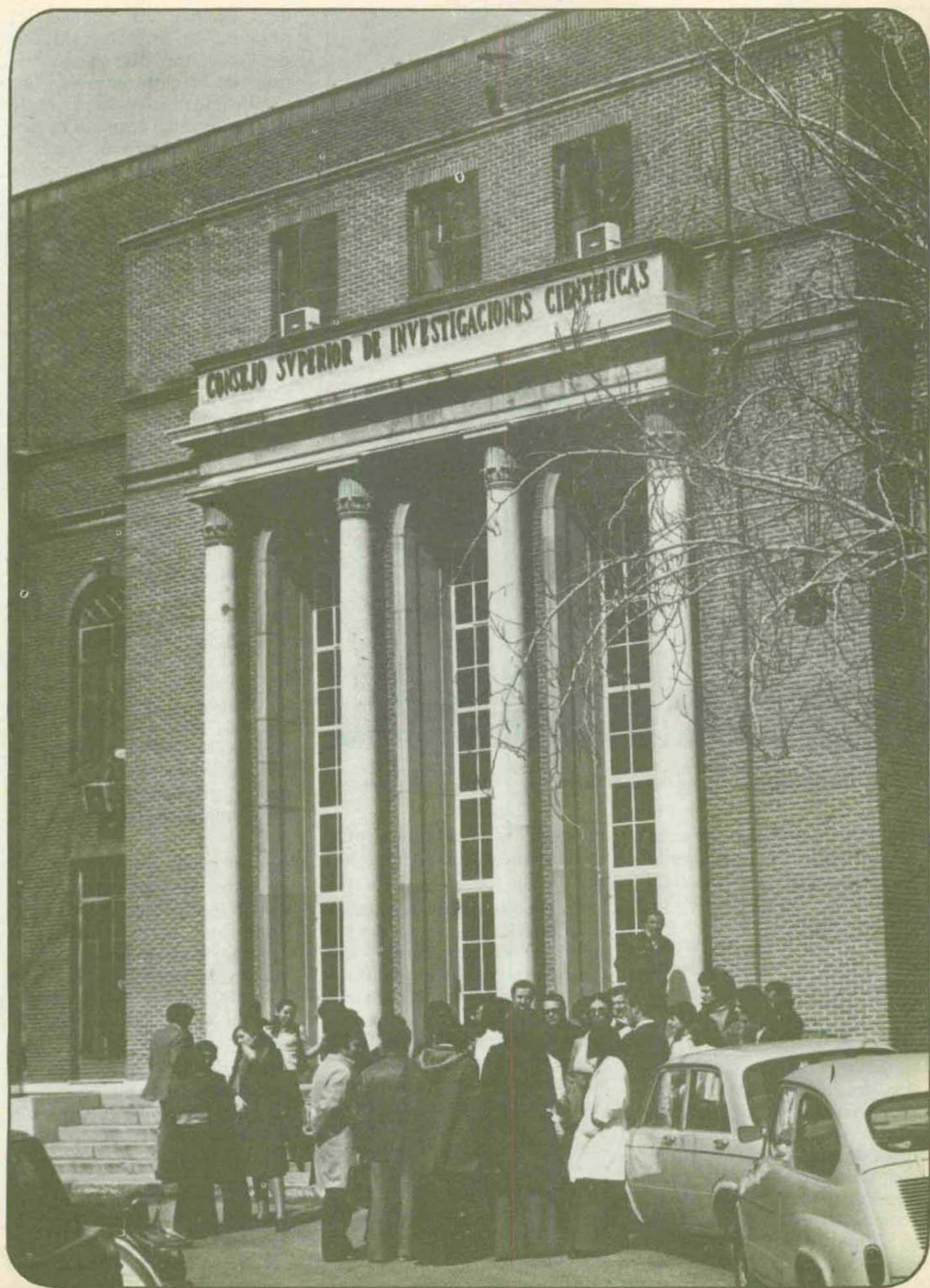
I LOS ANTECEDENTES

Como decíamos, pretendemos en este trabajo hacer un resumen histórico de la política

investigadora en los cuarenta años, y sobre todo destacar la aportación de la Universidad

al escaso desarrollo científico español en las ciencias de la Naturaleza.

Digamos como principio fundamental que «mal puede enseñar una ciencia quien no la cultiva», es decir, quien no se





El Instituto Nacional de Edafología y Agrobiología de Madrid. (Sólo se ve la parte superior). El centro más mimado por el Patronato Alonso de Herrera, en Madrid. (Foto Bellot).

preocupe de adquirir saberes en la disciplina que pretende enseñar a los demás y quien no esté atento a las novedades de la materia que enseña. En pocas palabras: «La actividad investigadora es inherente con la Universidad».

En España ya existía investigación, especialmente la realizada por la Universidad, pero desde 1907 existía una junta coordinadora e impulsora de la investigación: La Junta de Ampliación de Estudios. La riada trágica de 1936 hizo desaparecer esta junta, siendo sustituida por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, hechura del régimen del Generalísimo,

aunque ahora algunos pretendan que fue continuación de aquella.

El Consejo tenía unos propósitos maravillosos, fruto del espíritu de los ganadores y del espíritu triunfalista de entonces. Por ello los profesores universitarios que formamos parte de él desde un principio, y teníamos una vocación investigadora, como en las Facultades no disponíamos de medios, tuvimos que utilizar los recursos del organismo recién creado, que además era generoso en comparación con la ayuda nula que para la investigación disponía la Universidad.

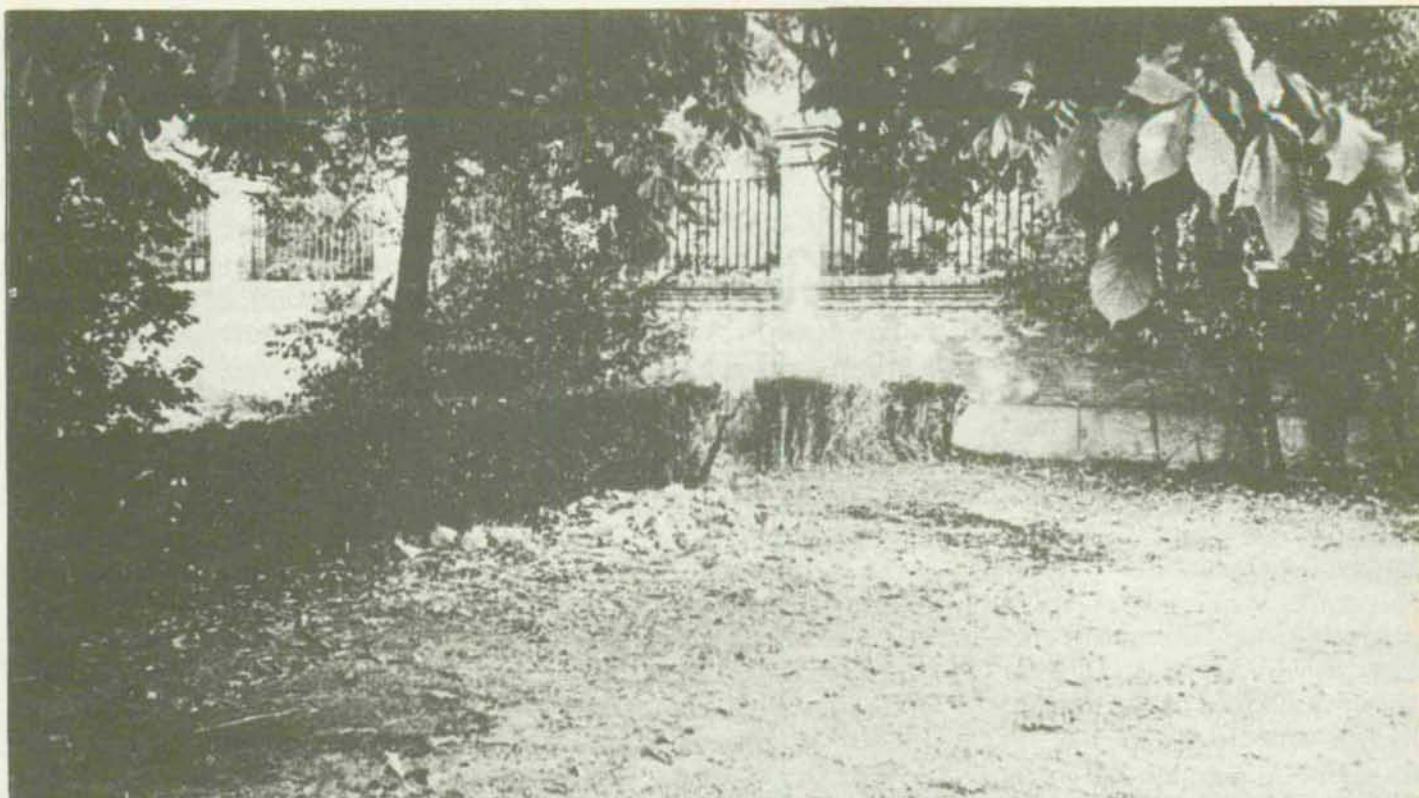
Fue tomando cuerpo el C. S.

de I. C., primero a base del personal de la Universidad y del escasísimo que quedó después de la depuración (no se olvide que muchos becarios de la «Junta», así como el personal de los museos, no era precisamente lo que se llama de «derechas»).

Entre los centros que permanecieron después de la guerra destacan el Jardín Botánico de Madrid, el Museo de Ciencias Naturales, el Instituto Nacional de Física y Química, así como el Centro de Estudios Históricos. El nuevo organismo fue creando institutos, departamentos y secciones por toda la Península con gran prodigalidad. ¡Todavía después de los años pasados nos preguntamos qué hacía una becaria corresponsa de Botánica en Cabezón de la Sal! Todo profesor que se acercaba al doctor Albareda recibía por lo menos una sección. Por ello al principio todos los que teníamos deseos de trabajar en la ciencia de nuestro agrado colaboramos con gran entusiasmo, pues tras una larga guerra teníamos verdaderos deseos de laborar en paz con el único procedimiento de financiación de que disponíamos.

En los primeros tiempos los docentes éramos, salvo raras excepciones, los únicos que hacíamos investigación en España. Pero no nos dábamos cuenta de que se le preparaba a la Universidad una trampa mortal: separarla de su savia: la investigación.

Siguiendo una política que en su origen era de buena fe pero errónea, bajo la inspiración del factótum de las tareas investigadoras, don José María Albareda, se creó el 10 de febrero de 1940 el Patronato Alonso de Herrera y a partir de esta fecha se fundaron una serie de centros dependientes del mismo, hasta alcanzar el



La verja del Jardín Botánico en la calle de Espalter. Dentro: mugre, setos medio destrozados, apenas plantas. No había agua, se debían exactamente 426.763 pesetas de agua y 41.008 pesetas de carbón, el 31 de enero de 1968. El Canal, ante la persistencia de las deudas, cortaba el agua. El Patronato daba alguna cantidad hasta que de nuevo aumentaba la deuda y otra vez corte del agua. (Foto Bellot).

número de veinticuatro en el año 1970.

Otro de los errores de Albareda fue, a nuestro juicio, profesionalizar la investigación. Ahora se está viendo que una inmensa cantidad de dinero se va en pagar personal como atención preferente y apenas quedan medios para atender los gastos de mantenimiento de los centros. Mucho más barata habría salido la investigación en los centros docentes, tanto universitarios como técnicos, pudiendo atender mejor los gastos inherentes a las experiencias.

Pero con sus errores Albareda era un hombre que sabía atemperar el deseo de muchos nuevos «científicos» de independizar totalmente el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de la Universidad. Al morir el Secretario General el año 1966, se inició una clara tendencia a la separación y por parte de los sucesores de Albareda, siguiendo las normas de triunfalismo de

aquella época, hubo en el Patronato, o por lo menos en parte de sus dirigentes, una clara idea: lo anterior al Consejo Superior de Investigaciones Científicas apenas había hecho nada o no había existido. Pareció como si se intentase demostrar que antes de la creación del Patronato Alonso de Herrera no había existido la Ciencia, por lo visto sólo habían sido gloriosos Isabel y Fernando y don Marcelino Menéndez Pelayo.

No es esta una afirmación vana: de la Memoria del Patronato correspondiente al año 1974 parece deducirse que antes de 1936 no había en España ningún centro importante dedicado a las Ciencias Naturales. Veamos: En dicha memoria se afirma sin ninguna clase de escrúpulos y con desprecio de la verdad, que la Misión Biológica de Galicia fue creada el 10 de febrero de 1940 (pág. 48). El inefable secretario general del Patronato, autor de la memoria, se

«olvidó» de que la Misión Biológica de Galicia fue creada en 1921, si no estamos equivocados, y que desde 1929 la dirigía don Cruz Gallástegui.

Quizá este error podría ser accidental, pero no. Si seguimos leyendo, podremos ver: **Instituto José de Acosta** (Museo). Creación: **¡¡10 de febrero de 1940!!** El glorioso Museo Nacional de Ciencias Naturales, cuya historia fue magistralmente escrita por el ilustre agustino Padre Barreiro, y que fue fundado el año 1785 por Carlos III, por lo visto no existía hasta que los acaparadores de la Ciencia y de los favores del Espíritu Santo lo «crearon» después de la victoria.

Ante la afirmación de la memoria surge la duda: ¿Quién tenía razón, el historiador de la ciencia española o la memoria del Patronato? ¿Quién mentía? Conociendo la veracidad del agustino, estamos seguros de que quien faltaba a la verdad era el autor de la

Memoria del Patronato para 1973. Pero es que desde 1939 pesaba una losa de silencio y de abandono sobre el museo creado el siglo XVIII y mejorado considerablemente por la Junta de Ampliación de Estudios durante el período de Bolívar el año 1929.

Pero sigamos leyendo: El Instituto Español de Entomología fue creado el 10 de marzo de 1941, esto es cierto, pero con una gran falta de escrúpulos se silenció que el flamante instituto formaba parte del Museo Nacional de Ciencias Naturales y que sus colecciones habían sido formadas en el Museo, y que Ignacio Bolívar, su impulsor, era mundialmente conocido.

En Ciencias Geológicas el Instituto Lucas Mallada, creado el 17 de enero de 1943, no era otra cosa que las secciones de Geología del Museo Nacional

de Ciencias Naturales. Por lo visto, los nombres de E. y F. Hernández Pacheco, Dantín Cereceda, Dardés Pericás, Carandell, Lucas Fernández Navarro, Gómez de Llarena, Giménez de Cisneros, y otros, no habían existido nunca en la Geología hispana.

Pero nuestra capacidad de asombro no se había agotado todavía: unas líneas más abajo leemos que el Instituto Antonio José Cavanilles había sido fundado el 22 de marzo de 1943! En efecto, esa es la fecha del Decreto, pero antes, mucho antes, se había fundado el Jardín Botánico, el año 1780; después de la guerra civil del 36 había existido el Jardín Botánico de Madrid, como organismo independiente. Pero ya se apreciaba en algunos miembros del Patronato la tendencia a la desaparición del organismo Jardín

Botánico como tal y que pasase a depender de lo creado después de 1939, con el fin de demostrar que en España la verdadera ciencia había llegado con los triunfadores de la guerra civil.

Los centros como el Museo y el Jardín Botánico, y no digamos el Museo Antropológico del doctor Velasco, llevaban una vida lánguida; por el contrario, el Instituto de Edafología y Agrobiología extendió su área por toda España, creándose una serie de centros en tal número que tuvieron que cambiar de nombre para disimular lo que era una realidad: la macrocefalia que padecía el Patronato Alonso de Herrera, un monstruoso centro dedicado al estudio de los suelos de España en comparación con los centros mendicantes que tenían la desgracia de haber sido fundados antes



El moderno edificio del Centro de Edafología y Biología Aplicada del Segura e Instituto de Orientación y Asistencia Técnica del Sureste en Murcia. (De un folleto de propaganda de dicho Centro).

de la guerra civil, y antes que el Patronato.

Los centros que se desgajaron del primitivo Instituto de Edafología, o que fueron creados a su sombra, fueron los siguientes:

El Instituto de Edafología y Fisiología Vegetal de Madrid, la Estación Experimental de Aula Dei en Zaragoza, el Instituto de Aclimatación de Almería, la estación Experimental del Zaidin en Granada, el Centro de Edafología y Biología Aplicada del Cuarto en Sevilla, el Centro de Edafología y Biología Aplicada del Segura en Murcia, el Centro del mismo título en Salamanca, el Centro de Investigaciones Geológicas, Edafológicas y Agrobiológicas de Galicia en Santiago de Compostela, el Departamento de Edafología de Barcelona, el Departamento de Economía Agraria

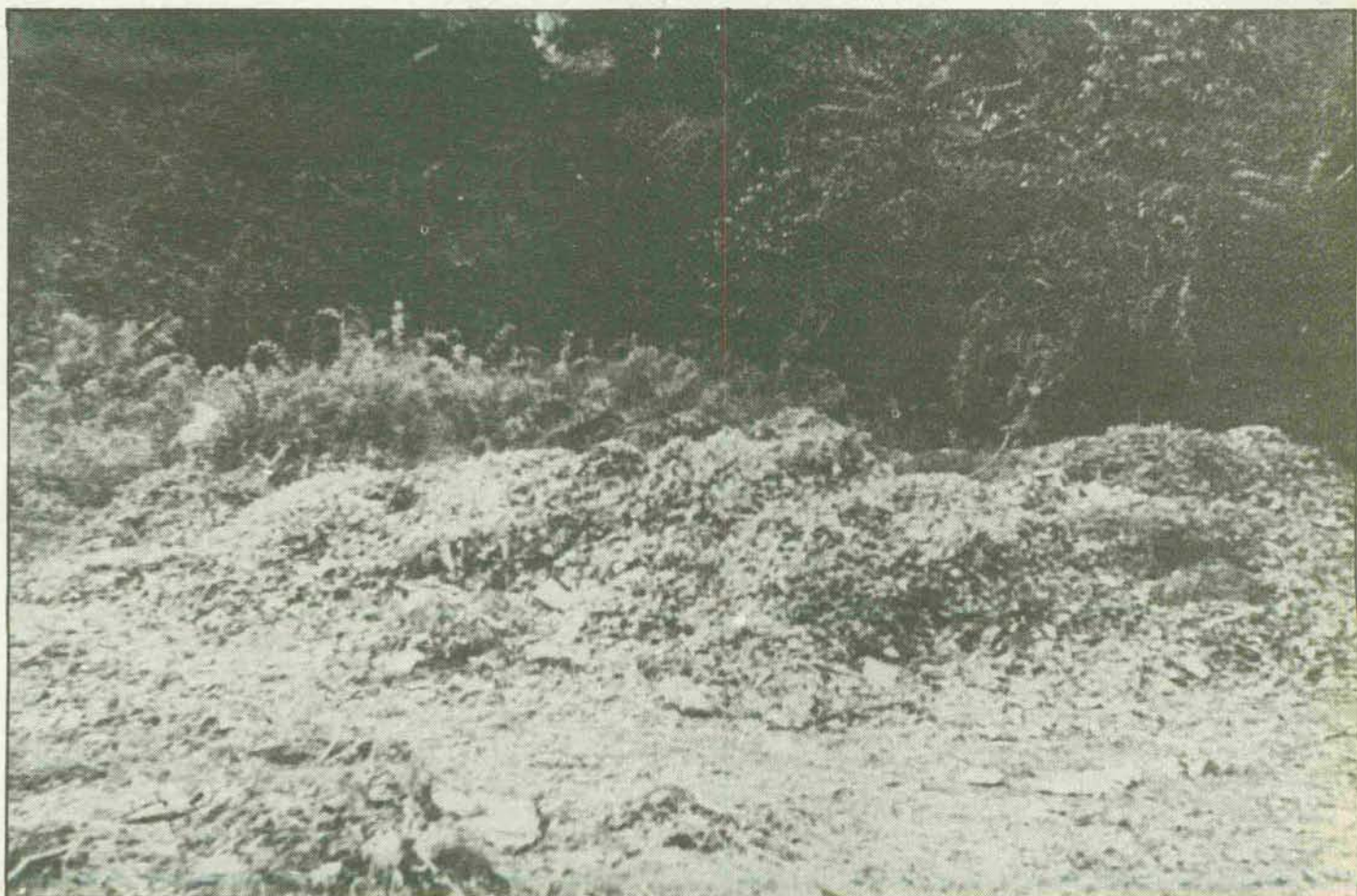
de Madrid, Estación Experimental de la Mayora, el Centro de Edafología y Biología Aplicada de Tenerife, el Centro Pirenaico de Biología experimental en Jaca, la Estación Agrícola Experimental de León y el Instituto de Alimentación y Productividad Animal de Madrid.

Hemos cansado al lector con el decidido propósito de que conozca el gran número de centros creados en aquella época con la idea de aumentar el rendimiento agropecuario español. Por lo visto, en España no bastaba con el Instituto Nacional Agronómico, el Forestal de I. y Experiencias, más los servicios de Veterinaria del Estado y los de Higiene de la Alimentación.

Hubiese sido más lógico y barato ver qué centro de los citados no funcionaba bien, y corregir sus deficiencias, si es

que las había, para aumentar su rendimiento. Pero no, se siguió la política de crear una serie de nuevos centros conservando los anteriores; resultado: tenemos dos series de estudios agronómicos, los Agrobiológicos del Instituto de Edafología y Agrobiología y los Agronómicos provinciales.

Durante años y años, con el señuelo de la investigación imprescindible para el desarrollo del país, se han aumentado los centros, y de paso los más aprovechados han ido colocando hijos, nueras y otros parientes menos cercanos, además de los amigos, en la inmensa ubre del Patronato. Así se dio el caso de que en determinado Instituto estaba el padre de director, el hijo de director de un departamento, la nuera como colaboradora. Podemos mencionar también las becas concedidas a las es-



Basura y zarzas era el Jardín Botánico de Madrid, en 1965. La causa principal, la falta de dinero para personal de jardinería. Los obreros de la plantilla del C. S. de I. C. habían entrado sin oposición y aun siendo más modernos ganaban más que los de la plantilla del Estado que habían entrado por concurso oposición. Resultado, estos últimos hacían una lógica resistencia pasiva. (Foto Bellot).



«La función de la vida intelectual o investigación, la primera de las misiones de la Universidad, que es la que vivifica todas las demás funciones de la Universidad... Adquirir saberes». (En la fotografía, don Julián Marías, pronunciando una conferencia en la Cámara Oficial de Comercio e Industria, de Madrid).

posas de algunos investigadores. El día que se estudien a fondo las relaciones de parentesco entre los miembros de algunos centros nos llevaremos muchas sorpresas los contribuyentes.

Por otra parte, uno se pregunta: ¿Cuánto nos cuestan ciertas publicaciones? Por ejemplo, dos: Con motivo de la inauguración del Centro de Edafología y Biología Aplicada del Segura se imprimió un folleto en papel couché con toda la serie de discursos y tonterías propias del caso, más las fotografías de todos los personajes y personajillos. Si se comparan las publicaciones análogas de otros países, el despilfarro es evidente. ¿Cuánto nos cuesta la Sección de Micología del Instituto Cavanilles? Un millón de pesetas, aproximadamente, del

suelo del jefe, más, en ciertos años, la beca de su señora. La Sección viene publicando un promedio de tres trabajos anuales. Resultado, que los españoles pagamos 300.000 pesetas por cada trabajo. En alguno de estos se citan como hongos nuevos para España los que ya habían sido descubiertos el pasado siglo.

Podríamos citar otro ejemplo: la Sección de citogenética del extinguido Instituto Mutis. Esta sección publica un promedio de dos trabajos anuales. Carísimo el cargo de esta investigadora a sueldo en esta España con tanto obrero sin trabajo.

Ahora aparece en la Prensa una propaganda insistente en la que algunos investigadores profesionales se quejan de la falta de recursos. Uno se pregunta qué han aportado ellos

al progreso agronómico de España. Es continua la queja del escaso desarrollo tecnológico de nuestro país, del bajo índice de nuestra agricultura, de lo que pagamos en «royalties». Uno de los más conspicuos miembros del Patronato, el profesor Zorita Tomillo, durante su paso por la Dirección General de Política Científica, decía («Panorámica del Investigador», tomado de «Informaciones», 4 de mayo de 1977): «Creo que en este momento debo manifestar una convicción que por dolorosa no me parece menos cierta: La investigación agraria española no resiste la comparación con otros países...» (aquí citaba varias naciones).

A nosotros se nos ocurre pensar: ¿De qué sirvieron los cuarenta años de Patronato de la Agrobiología?

II LA TRISTE VERDAD

Anteriormente nos referíamos al atraso de nuestra Agricultura, según manifestaba el ex director general de Política Científica, señor Zorita Tomillo. Dicho profesor afirmaba que había muchos y muy buenos investigadores y se preguntaba las razones de la escasa eficacia de los institutos en que se desarrollan sus actividades después del período de formación, establecía diversas causas, cuatro principales. Sólo vamos a referirnos a la que señalaba en segundo lugar: Los procedimientos de selección. Indicando que en la evaluación de candidatos en las oposiciones (y aquí involucra a la Universidad), intervienen factores y elementos que nada tienen que ver con la creatividad intelectual y la producción científica. Yo supongo que el señor Zorita estará conmigo en que en sus oposiciones no intervinieron más factores que su valía científica, pues consideramos que el tribunal que le propuso era competente y justo. Debería denunciar los casos concretos en que esto no ocurrió así, no echando una mancha más sobre las sufridas espaldas universitarias.

Ahora está de moda que los investigadores pidan cada vez más dinero en centros que sirvieron de muy poco. Contrasta esta actitud con la de los profesores no numerarios de Universidad, los que, estando provisionales y poco pagados realizan una callada labor mediante sus tesis doctorales por una parte y ayudándonos

a los numerarios por otra en nuestra tarea investigadora gratuita.

Volviendo al Patronato Alonso de Herrera, otro despilfarro es la fragmentación de centros como consecuencia del mal entendimiento entre sus directivos, por ejemplo el Instituto Español de Entomología separado del Museo Nacional de C. Naturales o los institutos de Geología divididos en varios. Con ello se daba satisfacción al nuevo director, pero aumentaba el gasto de personal y gastos generales.

Si bien en la Ley fundacional del Consejo, se establecía la investigación como una tarea inherente a la Universidad, la realidad es que durante años y hasta que Lora Tamayo no impulsó la Ayuda a la Investigación en la Universidad, ésta se veía mediatizada para trabajar en nuevos horizontes.

¿Qué resultados se han obtenido con la organización científica independiente de la Universidad?

En Botánica ha sido una labor de cortos resultados. En el aspecto sistemático, no hemos sido capaces de conseguir una flora española, pues la última publicada data de cien años atrás y fue escrita por un alemán. Esta tarea de una flora era una de las misiones del Instituto hechura del régimen de Franco: el Instituto A.J. Cavanilles. Se ha progresado más en el aspecto corológico, y esto por dos causas: la mayor facilidad en las comunicaciones y como resultado del desa-

rollo de la Fitosociología, método de describir la vegetación muy en boga en los países del Centro y SO de Europa.

En el afán de exaltar la tarea del Patronato Alonso de Herrera, los redactores de sus memorias caían en situaciones peregrinas; así, en la página 170 de la correspondiente al año 1974, se afirmaba la necesidad de estudiar la Flora española como si ésta fuese desconocida y el Patronato fuese a remediar tal falta. Tuvíamos que intervenir para decir que la flora se conocía en su mayor parte por los especialistas y que sólo faltaba actualizar el catálogo y completarlo con los descubrimientos posteriores.

Estamos convencidos de que aquellas reuniones del Patronato, que acababan siempre con un vino de honor, no eran otra cosa que un bien montado servicio de propaganda, sin apenas labor crítica; todos íbamos a decir amén. Prueba de ello es que en 1974, un miembro del Patronato, en la Reunión Anual del mismo, mostraba su satisfacción porque en el Pleno había una ponencia crítica de la labor realizada.

Un bien organizado servicio de prensa se encargaba de airear los «descubrimientos» de algunos centros. A veces «pasándose» en la noticia, y no por culpa del periodista sino del informador científico que exageraba el descubrimiento. Así, en «El País» del 10 de julio de 1977, se decía que uno de los primeros yacimientos de sepiolita del mundo se encuentra en Vallecas y llega hasta Toledo. Se añadió que iba a ser estudiado por el Instituto de Edafología bajo la

dirección del doctor Rausell. Pero la noticia callaba que dicho yacimiento ya se conocía en el siglo XIX, y que en cualquier Geología elemental, se habla de la sepiolita y de la zona Vallecas-Toledo como yacimiento del mineral.

El lector poco avisado podía tomar por descubrimiento lo que no lo era.

Volviendo a las declaraciones del señor Rodríguez Villanueva, ex Rector de la Universidad de Salamanca («El País», 29 de julio de 1977), en las que afirmaba que en la Universidad se investiga poco, hemos de recordarle, que en efecto no se investiga lo que se debiera por el personal competente que en ella trabaja. Pero ello es debido a dos causas que por lo visto se le olvidaron al señor Rector de Salamanca: Una la escasez de recursos y otra la disposición legal que llevó la mayoría de los medios del país a otro organismo, incluso los organismos en los que dirigían la investigación catedráticos de Universidad, paulatinamente van siendo entrega-

dos a directores ajenos a la Universidad, y si son catedráticos han de pertenecer a estamento investigador del C.S. de I.C.

La legislación vigente, obra del señor Villar Palasí, si no estamos equivocados, es aún más discriminante; parece como si se pretendiese que el catedrático no tenga tiempo para investigar. En vez de atacar de raíz el problema y eliminar a los que utilizan la cátedra como vehículo para atraer la clientela particular, se inventó el malhadado sistema de las dedicaciones, haciendo trabajar al catedrático por horas. Ahora que el trabajo a destajo está prohibido por muchas legislaciones laborales, por ser un sistema que permite en ciertos casos la explotación del trabajador, se inventó en la Universidad la teoría de las horas lectivas, el «catedrático-taxi» que tiene que dar clase diaria y tres horas semanales de seminario, como mínimo, si desea cobrar unos complementos que le permitan vivir, no con lujo,

sino pasablemente. De este modo el Estado se ahorra sueldos y evitaba el desastre de no haber suficientes universidades, pues, imprevisor, no se preocupó a tiempo de la preparación del profesorado correspondiente. Pero sospechamos que no fue imprevisión, era un propósito de no aumentar las entidades docentes para permitir su creación por otros organismos no estatales.

Este es otro aspecto de la cuestión que no conviene olvidar; durante los primeros años del período de Franco no se crearon centros universitarios excepción hecha de las Universidades Laborales, presuntuoso nombre para unos centros de enseñanza profesional. Unas escuelas de Artes y Oficios mejoradas. La falta de creación de universidades tiene un origen múltiple: había organizaciones que quería crear universidades propias en las que pudiesen difundir sus ideologías, cosa loable si hubiesen permitido la propaganda de la de los demás.



La Delegación de Galicia del C. S. de I. C. En ella estaban el Centro de Edafología y Agrobiología y Centro de Química Orgánica; en el edificio de Fonseca cedido en parte por la Universidad estaba el Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos.

No debe olvidarse tampoco el sistema de dedicación por horas, concedido por los enemigos de la Universidad; imponiendo muchas horas lectivas al profesor y dedicándole a repetir lo que otros investigan. Se privó al catedrático de su primera misión y más fundamental: «Adquirir saberes», como dice Julián Marías en «El Intelectual y su mundo», pág. 91: **La función de la vida intelectual o investigación, la primera de las misiones de la Universidad, que es la que vivifica todas las demás funciones de la Universidad.** Se desviaron de las Universidades los medios y la mayoría del dinero que correspondía a las Ciencias Naturales, llevándolos al Patronato Alonso de Herrera, destinando la mayoría de los medios a la Edafología y a una investigación duplicada, la agronómica y la alimenticia. Estamos seguros de que si la mitad del dinero empleado en sueldos en el macrocéfalo Instituto Nacional de Edafología y Agrofología se hubiese empleado en dotar de medios a la Universidad, con un gasto mucho menor, se hubiese obtenido un resultado más beneficioso para el país.

Se objeta al hablar mal de la Universidad, que muchos catedráticos se dedican a una profesión particular; eso tiene buen remedio, pagarles mejor y eliminar a los que atienden sus bufetes y consultas antes que a la cátedra.

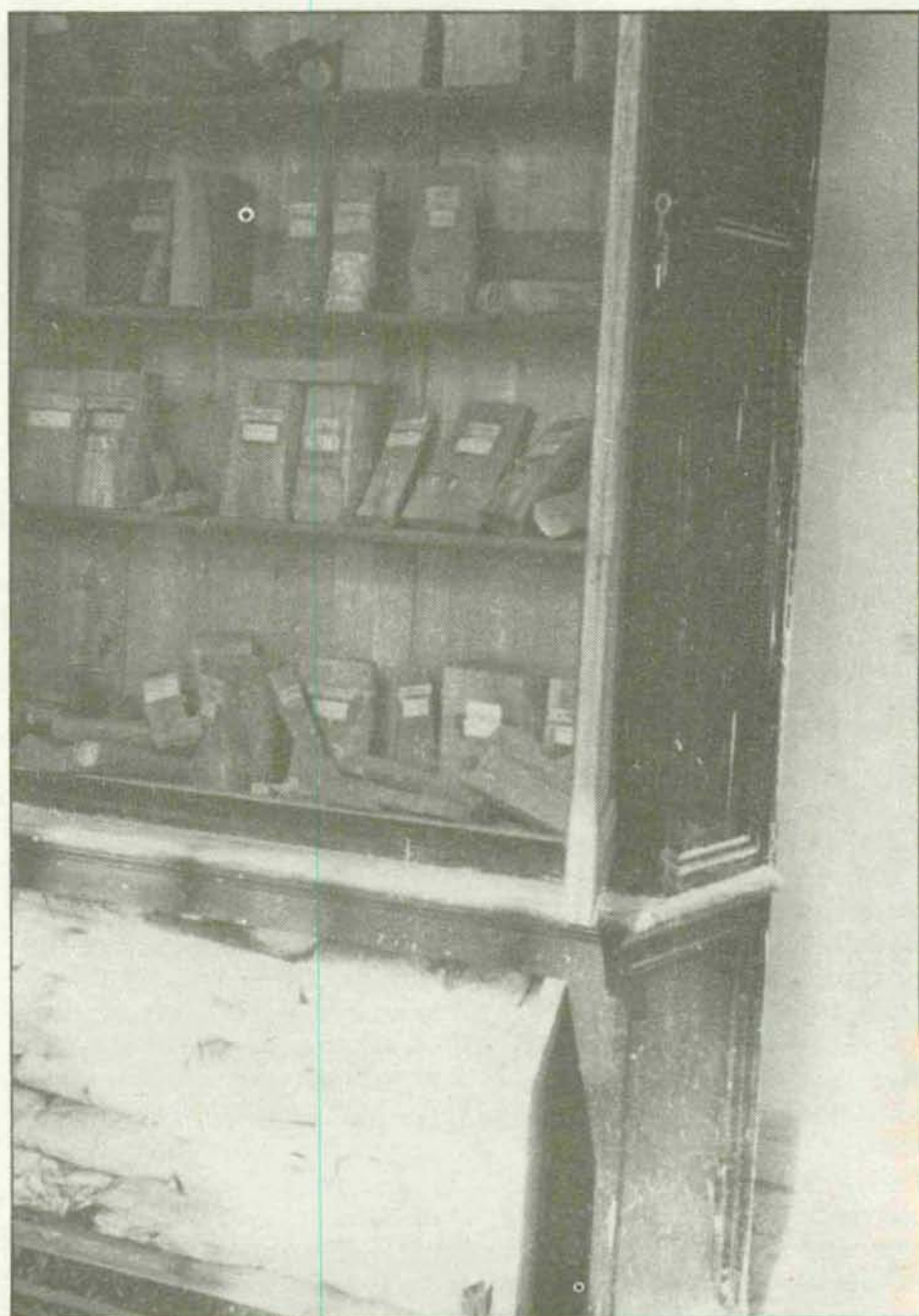
En la época del general Franco, los destinos de la Investigación Botánica española los regía un señor que era Analista del Seguro de Enfermedad, Profesor Químico del Laboratorio Municipal de Madrid, Catedrático de la Universidad y además director del Instituto Cavanilles de Botánica. Algo más de dos horas le podía dedicar a la Investigación. Por muchas dedica-

ciones que se inventasen, no se evitaban estas situaciones.

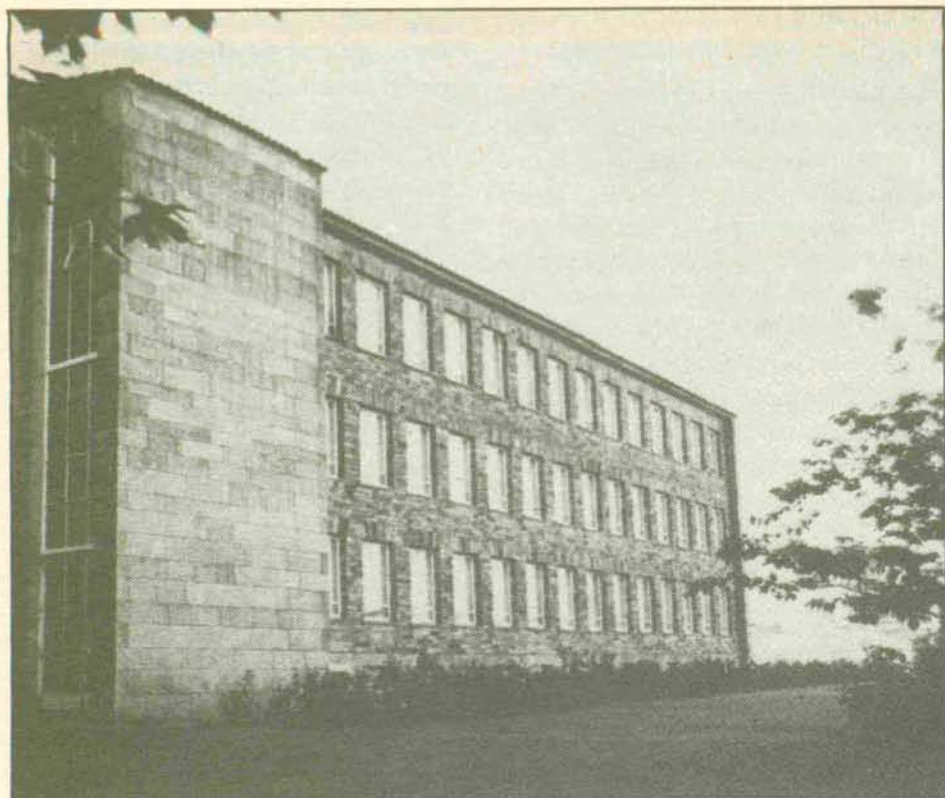
Había centros de enseñanza, reconocidos oficialmente, que tenían catedráticos de Universidad como profesores. Hace poco se nos recordaba a los catedráticos la prohibición de dar clase en este tipo de centros, donde había catedráticos como profesores extraordinarios. Estimamos que si las organizaciones de carácter no estatal, desean ejercer la enseñanza, que la ejerzan,

pero no basándose en el prestigio de los profesores del Estado o en algo peor que no queremos pensar. En realidad creemos que el ideal es una enseñanza única e igual para todos como medio de evitar que sólo los hijos de los poderosos tengan acceso a mejores medios de enseñanza.

Volviendo a nuestro tema. En el Patronato Alonso de Herrera, el año 1973 había 157 personas, entre Profesores de Investigación, investigadores y



Jardín Botánico de Madrid. Las colecciones de maderas exóticas procedentes de la expedición del Pacífico, apolilladas, muchas con las etiquetas perdidas. Abajo, las colecciones de cortezas, quinas, canelas, etc. de las expediciones a nuestras colonias, eran cobijo de ratas y cucarachas. (Foto Bellot, 1965).



El Centro de Investigaciones Geológicas, Edafológicas y Agrobiológicas de Galicia en terrenos cedidos por la Universidad de Santiago. Moderno, funcional y hasta lujoso. (Foto Bellot).

colaboradores dedicados a las ciencias edáficas y agrobiológicas. Por el contrario, sólo 57 investigadores de las anteriores categorías pertenecían a ciencias de la Naturaleza (Geología, Zoología, Botánica y Parasitología). Es decir, que por cada investigador de Ciencias Naturales había casi tres dedicados a la Edafología y Agrobiología.

El resultado de tanta Edafología y Agrobiología es que tenemos uno de los más bajos índices de desarrollo agrícola de Europa y que se están vaciando pueblos enteros como ocurre en algunas provincias del Centro de España.

¿No hubiera sido más productivo destinar ese dinero a los servicios agronómicos ya existentes?

Eso no se hizo; como si el presupuesto de la nación fuese una ubre inagotable, se ha ido aumentando el número de investigadores del C.S. de I.C. de tal manera que los centros del Patronato Alonso de Herrera aumentaron sus plantillas de

modo que la gran mayoría de los ingresos se destinaba a personal y no había para los gastos propios de la investigación. Por otra parte el carácter de organismo autónomo permitía la posibilidad de contratar personal, según el criterio del jefe del centro, con las consecuencias que pueden imaginarse.

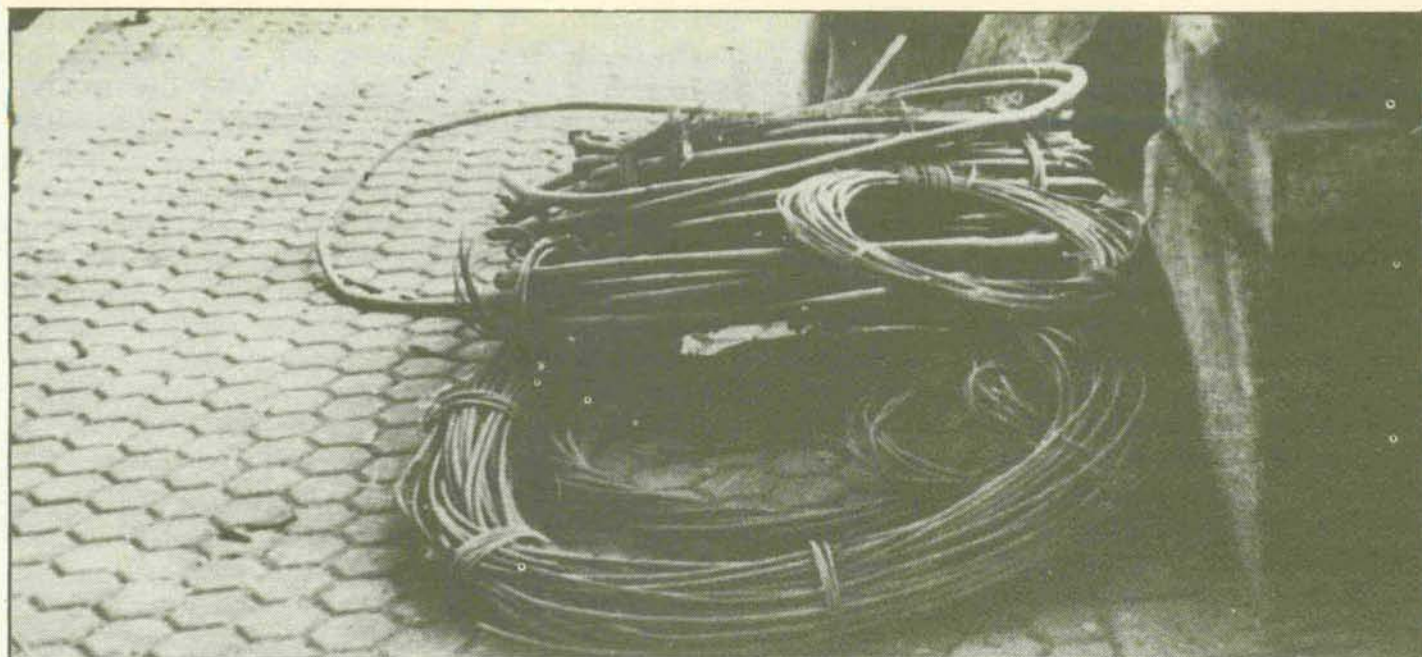
Quizá por esto y otros muchos casos similares, el ministro de Comercio declaraba en Televisión el día 22 de septiembre de 1977 que había que contener el gasto público para que la devaluación de la peseta surtiese efecto. También habló de la austeridad del sector público. ¡Pero sí, sí, en el Patronato se seguía convocando plazas!

Fueron víctimas principales de la falta de medios y, sobre todo, de una política discriminatoria, aquellos centros que habían sido creados antes de 1939, y más que nada los que tuviesen «tufo» de la Junta de Ampliación de Estudios o de la Institución Libre de Enseñanza, léase Jiménez,

Castillejo y Giner de los Ríos, como ocurrió con el Jardín Botánico y el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Este abandono significaba que toda la fraseología al crear el Patronato era pura propaganda.

Y no se achaque al régimen anterior solamente; es cierto que el sistema permitía las corruptelas de muchos aprovechados que se hicieron «su» Centro al mismo tiempo que colocaban a la familia. Otros sin embargo ejercieron su profesión y el servicio al Estado, sin colocar a sus parientes ni formar clanes familiares. Hubo muchos que trabajaron honradamente sin caer en la tentación de colocar a sus hijos, esposas y sobrinos en una ola de nepotismo como pocas se han conocido en España. ¡Cuántos amigos de personajes, de gobernantes, parientes, sobrinos y sobrinas de rectores se colocaron en puestos de la aparatosa investigación!

Pero queremos hacer otra aclaración: José María Albarreda, el Secretario General del C.S. de I.C. durante tantos años, y factótum del Consejo durante muchos, tenía una idea fija: el desarrollo agrícola de España. En efecto, Albarreda creó el Alonso de Herrera con una idea que para él era obsesiva (muchas veces se lo oímos durante los viajes en coche a través de Galicia): la mejora de la Agricultura en todos sus aspectos. Se creía un Joaquín Costa su paisano. Pero su error fue —en vez de seguir el camino lógico: utilizar y mejorar las profesiones agronómicas, veterinarias y forestales— que se dedicó a crear centros en los que intervinieron principalmente químicos y farmacéuticos. Esto fue quizá consecuencia de tener ambas profesiones y de haber ganado la cátedra de Mineralogía y Zoología de la Facultad de Farmacia de Ma-



Así estaban y así quedaron por falta de medios y personal las colecciones de lanas de los bosques ecuatoriales de América y Filipinas, en el viejo pabellón Villanueva del Jardín Botánico. Se había perdido casi totalmente la Exposición Retrospectiva de Historia Natural inaugurada en 1929. Se habían perdido las etiquetas y las referencias por abandono desde 1939. (Foto Bellot, 1965).

drid, Facultad a la que llevó unas enseñanzas equivocadas para la Farmacia; pero esto es otro tema.

Con la profesionalización de la Investigación, se inició (justo es decirlo: en una minoría) un sentimiento de enemistad hacia la Universidad.

Este sentimiento se manifestaba desvalorizando lo universitario y supervalorando los centros creados después de 1939. Así, en la memoria del Patronato a que nos referimos (pág. 34), se puede leer: «**Cátedras que antes no existían o tenían en el contexto de los antiguos planes de estudio una significación muy reducida, muy localizada: la Fisiología Vegetal, la Bioquímica, la Microbiología, la Genética, la Edafología, tienen ahora una extensión creciente nutridas por investigadores de estos dos patronatos. Estos investigadores, han llevado a la vida docente unos hábitos de investigación científica. Hay ahora en muchas universidades españolas cátedras en que la enseñanza está vitalizada por la actividad investigadora densa.**

Esta fraseología, totalmente

falsa, y buena para una lectura ante un público fiel y callado, en un Patronato en que todos íbamos a decir que sí, era claramente incierta, pues antes de la guerra e incluso después de ella, había cate-dráticos que investigaban con los escasísimos medios de que disponían. Comenzaremos por las ciencias que cita el entonces presidente del C.S. de I.C. En Fisiología Vegetal sólo había dos facultades universitarias donde se estudiaba la asignatura, naturalmente que era una fisiología de hace más de medio siglo. Sólo citaré a mi buen amigo el profesor Bustinza, primero en su cátedra de Instituto y después en la de Fisiología en la Facultad de Ciencias de Madrid desarrolló una gran labor. Ya desde 1928 aparecen en Ginebra sus trabajos en colaboración con el profesor Chodat, sobre los fermentos de la chufa. Igualmente en la Real Academia de Ciencias de Madrid publicó trabajos de Fisiología vegetal, y en el Bol. de la R. Soc. Española de la Historia Natural, el año 1929, un estudio sobre los taninos y su papel fisiológico. El ilustre Aca-

démico de Ciencias y Farmacia, antes, mucho antes de que se «inventase» el Patronato, ya publicaba sobre Fisiología.

En Edafología estaba Huguet del Villar, autor del primer mapa de suelos de España, aparecido en 1937. Me consta, porque me lo dijo él personalmente, que no le dieron ninguna clase de facilidades en el flamante Instituto de Edafología. Tuvo que estar en Marruecos, en el Institut Scientifique Cheriffien. Se desperdició así una aportación valiosísima. En Bioquímica estaba José Giral, el maestro de Santos Ruiz; en otras ciencias citaremos a Arturo Caballero, nuestro primer maestro de Geobotánica, con numerosas publicaciones antes de 1936, fue uno de los primeros investigadores de la flora de Ifni. Analistas como Casares Gil, Geólogos como Maximino San Miguel de la Cámara, en Geografía Física Eduardo y Francisco Hernández Pacheco; en Histología Fernández Galiano; Ignacio y Cándido Bolívar en Entomología, etc.

Pero lo inexacto de las frases

citadas se manifiesta si atendemos a otro aspecto: Los catedráticos de institutos de enseñanza media antes de las reformas del Bachillerato posteriores a 1939, de cuyos autores preferimos no acordarnos, disponían de tiempo en los laboratorios de los institutos, modestos pero eficientes. ¡Aún recordamos el del Instituto de San Isidro en Madrid, bajo la dirección de don Antonio Martínez y Fernández Castillo, donde aprendimos a amar las Ciencias Naturales! Ahora los catedráticos de Instituto, contratados por horas, no pueden hacer otra cosa que soportar las avalanchas de alumnos. Antes de la guerra contribuyeron al conocimiento de la Naturaleza hispana, sin que el Patronato Alonso de Herrera, que todavía no existía, les infundiese su afán investigador. Mencionaremos algunos nombres que nos vienen a la memoria: El geólogo Giménez de Cisneros, catedrático del Instituto de Alicante, publicó nada menos que 109 trabajos sobre la Geología provincial. Lo mismo realizó Royo y Gómez sobre Geología Hispana con gran número de aportaciones. En Cataluña, San Miguel de la Cámara. En Hidrobiología, Celso Arévalo; Guinea, entre los botánicos; Rioja lo Bianco, Vidal y Box en diversas actividades, etc.

Todos realizaron una gran labor científica que fue silenciada deliberadamente.

La triste realidad es que mientras se construían lujosos edificios para la investigación, muchas universidades estaban en una situación deplorable. Al llegar nosotros a la Universidad de Santiago el año 1944, cinco años después de la victoria, había en la cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia, una habitación que compartía —lo mismo que la mesa— con el profesor de Mineralogía; un

árbol ropero y un armario. Ya nada más. Hacia falta dinero, y el único organismo que disponía de él para trabajar era el Consejo, y es mérito suyo dar el dinero para empezar a investigar, aunque no a todos, pues en muchos casos se estableció una clara discriminación. En algunos casos política, pero en otros más por sencillas que por las ideas.

Pero después de la guerra muchas víctimas del naufragio político se dedicaron a trabajar intensamente, por ejemplo Cuatrecasas, que no necesitó del apoyo del Patronato para ser un eminente sistemático de la flora colombina. En España, los Bolós tampoco necesitaron del Patronato para hacer un concienzudo estudio de las comunidades vegetales de Cataluña. Faustino Miranda, otro exiliado, tampoco precisó de la ayuda de los que tenían el favor del Espíritu Santo, para realizar primero una buena labor como algólogo en Asturias y luego como sistemático fanerogámico en América.

Todos ellos realizaron una gran labor científica que no



No decimos, como Lain Entralgo, «cuánta mala retórica, cuánta retórica convencional en el preámbulo de la Ley que creó el Consejo Superior de I. Científicas». Sólo pedimos que se cumpla de verdad la misión investigadora de la Universidad que aparece en dicha Ley. (En la foto, el profesor don Pedro Lain Entralgo).

podemos olvidar, también reconocemos que en España, después de la guerra, se realizó una tarea investigadora, primero apoyándose en los catedráticos de la Universidad y Escuelas técnicas y en lo poco que sobrevivió de la Junta de Ampliación de Estudios, pero años después de la desaparición de Albareda, sus sucesores mostraron una gran voracidad en favor de la Edafología y Agrobiología.

También es cierto que hay una época en las Ciencias Naturales, desde 1929 a 1936, en que un selecto grupo de catedráticos de universidad y de instituto de enseñanza media aportaron casi todo lo que se hizo en Ciencias Naturales en nuestro país. Especialmente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico de Madrid, sin olvidar la gran labor de l'Institut Catalana d'Historia Natural.

Por eso sufrimos una contenida indignación, al ver en el homenaje a los ilustres catedráticos como Cabrera, Moles, Palacios, Catalán, los creadores del Instituto Nacional de Física y Química, la hipócrita presencia de los que impidieron o dificultaron la reintegración científica a España de aquellos eminentes hombres después de la guerra.

Este período de 1929 a 1936 —repito— es una época histórica de las Ciencias Naturales en España, antes de que existiera el Patronato Alonso de Herrera, organismo que cuando tuvo que defender el Jardín Botánico ante el señor Martínez Esteruelas, el último ministro de Educación de la Dictadura, lo único que hizo fue callarse, unos miembros por haber perdido el avión, otros porque tenían un abceso, y otros porque acataron vergonzosamente la disposición del último ministro de Ciencia del Generalísimo.

Una política científica funesta

III EL MITO DE LA INVESTIGACION

Para terminar estos comentarios, en parte históricos, en parte actuales, sobre la Investigación en las Ciencias Naturales, nos vamos a referir a un fenómeno que se está dando actualmente en España. Se ha desatado una campaña en favor de la Investigación científica, alegando el escaso porcentaje del PNB, destinado a este fin en comparación con otros países.

Por otra parte, Laín Entralgo explica las difíciles relaciones entre algunos organismos investigadores y la Universidad, por un error de planteamiento.

Sinceramente creemos que no hay tal error de planteamiento, sino una política dirigida a evitar que la Universidad sea lo que le corresponde y cumpla la misión que curiosamente le atribuía la Ley de la Jefatura del Estado de 24 de noviembre de 1939 («B.O.» del 28), por la que se creaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, misión que luego no se cumplió; decía la Ley en su preámbulo: «Con la Universidad, que en su doble cualidad de escuela profesional y **elaboradora del desarrollo científico**» (el subrayado es nuestro).

Pero precisamente por la adscripción y la separación de hecho de muchos centros de Investigación que por disposiciones anteriores estaban vinculados a la Universidad de una forma o de otra: Jardín Botánico, Museo Nacional de Ciencias Naturales, etc. se privó a la entidad docente de

unos medios que ella precisamente había creado.

Por el contrario, se mitificó la investigación con un encarecimiento de la misma, pues la tarea que correspondía a los profesores universitarios se encomendó a un personal distinto que cobra unos emolumentos similares y aún mayores que los de los catedráticos de Universidad para realizar una labor que sale, como hemos dicho antes, cara, muy cara.

Paulatinamente el Patronato y sus centros, favorecidos por unos ministros que no pretendían el bien de la Universidad, con unas disposiciones antiuniversitarias, fueron ampliando sus atribuciones, en detrimento de la Universidad, que fue cediendo misiones a los organismos ajenos, así la dirección de tesis doctorales y los trabajos de licenciatura, tareas específicamente docentes.

Pero la fobia antiuniversitaria del Patronato, especialmente de alguno de sus integrantes, se manifestaba en una serie de detalles aparentemente nimios. Por ejemplo, en la repetida memoria del Patronato Alonso de Herrera, al enumerar el personal científico se clasificaba éste en tres categorías: de Plantilla, de Empleo y Becarios. En el primer grupo entraban los Profesores de Investigación, los Investigadores y los colaboradores; en el segundo, los Catedráticos, es decir, los catedráticos de Universidad que hicieron posible el Patronato y que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas fuese adelante en

los difíciles años de la postguerra, eran unos «empleados» de la Investigación. Y aquello lo escribía un catedrático. ¡Inefable!

Ahora que tanto se habla de la autonomía universitaria, hay que reclamar también la independencia investigadora con la dotación económica que corresponda para evitar que la Universidad reciba sólo el 20 por 100 de los fondos que el Estado destina a Investigación. Y, sobre todo, a los españoles nos interesa conocer lo que se gastó y lo que se gasta en una investigación duplicada, paralela, para evitar esos investigadores o colaboradores, o lo que sean, que han estado años sin publicar apenas nada. Hay también investigador que con la supresión de su Instituto anda de acá para allá, publicando unos trabajos que nos cuestan a los contribuyentes un dineral.

Deberán devolverse a la Universidad los medios con que contaba en 1936, los herbarios y las colecciones que fueron preparando los catedráticos en siglo y medio de existencia de la Facultad de Ciencias Naturales.

Hay que evitar que algún «investigador» se permita el lujo de publicar como novedades hongos de la provincia de Madrid que habían sido descubiertos por un catedrático de la Universidad hace más de 50 años.

Se dice que la Universidad no investiga, pero la verdad es que lo hace, y a un precio muy barato para la sociedad.

Hay que decir, con Ignacio Sotelo («El País», 18 de octubre de 1978), que: «Una Universidad merece este nombre cuando hace ciencia y enseña a hacerla, cuando no se con-



Otro aspecto de la colección de maderas nobles de la Antigua Exposición Retrospectiva de Historia Natural. (Foto Bellot, 1965).

forma con divulgar verbalmente los conocimientos adquiridos por otros, simplificados y falsamente sistematizados».

Dos noticias de la prensa diaria nos han hecho sonreír, por no indignarnos: Una de ellas, las declaraciones de dos conspicuos miembros del C. S. de I. C. y conocidos rectores de Universidad, don Julio Rodríguez Villanueva, Rector Mag-

nífico de la de Salamanca, y don Francisco González, de la de Sevilla. Recientemente estos señores, en una Conferencia de prensa se lamentaban de que la Universidad tendrá unos presupuestos ridículos y de que no podrá investigar con las consignaciones actuales. Nos parece estupendo y están en su papel los integrantes de la Conferencia de Rectores. ¡¡Pero que se lamenten los se-

ñores González y Rodríguez Villanueva! Yo les diré dónde está el dinero de que no disponen en sus Universidades: en el Cortijo del Cuarto, Centro de Investigación Agrobiológica que dirige el señor González, y en el Instituto de Orientación Técnica del Oeste en Salamanca. Centros, repito, paralelos e innecesarios, pues ya tenemos el I.N.I.A.

La otra noticia es la declaración aparecida en la prensa del Vicepresidente del C. S. de I. C. profesor Emilio Sáez con motivo del incendio en el Instituto de Humanidades de la calle del Duque de Medinaceli. Decía dicho profesor, según «Arriba», 13 de diciembre de 1978: «Se acusa al Consejo Superior de Investigaciones Científicas —señaló— de ser una obra del franquismo, y esto es sólo una verdad a medias, porque el Consejo en realidad es una continuación de la Junta de Ampliación de Estudios, creada en 1907, y que ya contaba con importantes instituciones de carácter humanístico, como, por ejemplo, el Centro de Estudios Históricos, cuya labor en gran parte ha continuado y completado el Consejo».

Esta noticia nos ha hecho no sonreír, sino reír a carcajadas. Los que leímos todo lo que se publicó con motivo de los veinticinco años del Consejo Superior de Investigaciones Científicas... aquello de que: **¡el Consejo era uno de los más preciados florones del Generalísimo!** El Consejo sucedió a la Junta de Ampliación de Estudios, pero sólo en el tiempo, no en sus métodos ni en sus fines. La afirmación del profesor Sáez es como si a nosotros se nos ocurriera decir que los Sindicatos Verticales ¡fueron los sucesores de la U.G.T. y la C.N.T. en España!

La verdades que cuando el Patronato estuvo asentado y

principalmente basado en los catedráticos de la Universidad, a partir de la separación física de Albareda por su vocación sacerdotal, se siguió la política científica de que el Consejo era el órgano investigador por excelencia, la Universidad una especie de Academia de repaso donde se repetía lo que otros investigaban. Esta monstruosidad fue y sigue mantenida por muchos.

Hay que desmitificar la profesión de investigador, pues la docente realiza lo mismo y a España le cuesta mucho menos.

Siguiendo al insigne filósofo Julián Marías («La devolución de España», pág. 155, Madrid, 1977), expresamos la «Noluntad» de muchos profesores universitarios, no ligados a nada ni a nadie, sólo a la Universidad, simplemente como españoles con sus obligaciones y derechos. Por «Noluntad» entendemos, con Marías, el no querer, querer no y querer que no:

1.º No queremos que se ataque más a la Universidad, sin que sea dotada de medios, sólo por sistema, mientras otras instituciones que tanto la perjudicaron son sistemáticamente ensalzadas.

2.º No queremos que la Investigación, obligación y derecho indisolublemente unido a la Universidad, sea separada de ésta.

3.º Queremos que no se aprovechen más las relaciones de parentesco para ingresar en la Investigación ni en la Universidad (con las excepciones que sean precisas, que las hay).

4.º No queremos que tarde en realizarse un estudio a fondo de lo que nos cuesta y lo que en realidad produce la investigación agrobiológica y edafológica, pues si esa investigación la realizan al mismo tiempo los organismos del I.N.I.A., los

sanitarios y los 24 centros del Patronato Alonso de Herrera, alguno de esos organismos sobra. Mucho nos tememos que están de más la gran mayoría de los centros que fundó el Patronato.

5.º Queremos que no tarde en reintegrarse a la Universidad, especialmente a la Facultad de Biología, el patrimonio científico que le fue arrebatado, especialmente herbarios (el Herbario General del Jardín Botánico, prsparado por los catedráticos de la Facultad de Ciencias desde su fundación hasta 1974), las Colecciones del Museo Nacional de

Ciencias Naturales, creadas por Bolívar, Hernández Pacheco, etc. formadas en su inmensa mayoría por los catedráticos de la Facultad de Madrid. Colecciones de las que oficialmente está privada, las cuales para ser consultadas por los universitarios precisan de permiso de los directores pertenecientes al Consejo.

6.º Queremos que la autonomía universitaria, ahora tan cacareada, quizá con vistas electorales, sea acompañada de la restitución de los bienes que se llevaron de la Universidad.

JARDIN BOTANICO DE MADRID

Cont. 110-43

N.º 21

18 de III 1969

Excmo. Sr.

Una vez revidada la contabilidad de es Centro al hacernos cargo de la gestión económica del Jardín Botánico por tener éste presupuesto separado a partir de primer de Enero del corriente año, por constituir departamento; debo significar a V. E. lo siguiente:

Con fecha 31 de Diciembre de 1958 el título tenía un saldo de ddddde ptas. QUINIENTAS SETENTA Y SIETE MIL SETECIENTAS CINCUENTA Y DOS CON SESENTA Y CINCO CENTIMOS (577.752,6 ptas.)

El citado saldo se descompone de la manera siguiente:

→ Al Canal de Isabel II	426.763,--
Imprenta Rivadeneyra.....	86.447,1
Talleres Graficos del C.S.T.C....	3.460,1
" " " " " " " " " " " "	3.275,1
Electricidad Casa Soria.....	1.894,1
Saneamiento LUNA	3.347,1
Papelaria AYUSO.....	3.346,1
→ Carbones Juan Gayo e Hijos.....	41.008,1
Saneamientos LUNA.....	4.526,1
Cerrajería Rafael Saavedra.....	3.385,1
	577.762,1

Lo que traslado a V. E. a los efectos oportunos para su conformidad o reparos, con fin de poder continuar la contabilidad del Departamento a partir del primero de Enero con los saldos debidamente comprobados.

Dios guarde a V. E. muchos años

Madrid, 18 de Marzo de 1969

EL DIRECTOR

Excmo. Sr. Director del Instituto Cavanilles.-

Al hacernos cargo de la contabilidad del Jardín Botánico como organismo independiente (antes de esa fecha dependía exclusivamente del Instituto A. J. Cavanilles), el Jardín debía una considerable cantidad de agua y carbón, teniendo en cuenta el valor de la peseta en aquellos días.

45

7.º Queremos que cese el privilegio de los catedráticos «del Consejo» y de los que no lo son, con las ventajas para los primeros de mayor disponibilidad de medios y de beca-rios.

8.º Que la Universidad, ahora que tiene problemas de espacio, deje de ser tan generosa y recupere muchos de sus locales. Concretamente en nuestro edificio hay miles de metros

compartidos con centros del antiguo Patronato A. de Herrera.

9.º No queremos discriminación entre unos catedráticos y otros, discriminación que resulta de lo que decimos en el N.º 7.

10.º No queremos que aquellos que han manifestado su aversión hacia la Universidad, ahora, en una operación similar a la realizada con los empleados de los sindicatos ver-

tales, vengan a nuestras aulas a enseñar los cursos superiores. Si tienen un problema de exceso de personal, que lo resuelven con las normas de los que gobernaban cuando se creó el Patronato. No creo que haya diferencia alguna de derechos entre esos empleados y los trabajadores, a los que en caso de paro se les dan unos meses de indemnización, y a la calle.

No nos extraña que los profesores no numerarios de la Universidad se quejen, pues enseñan, dirigen prácticas y realizan una callada labor investigadora; rebelándose contra su eventualidad y corto sueldo, mientras ven una legión de señores que cobran mucho más, sin una obligación continua y trabajando cuando les apetece en un tema que les gusta.

Tenemos a la vista un viejo folleto editado por la Junta de Ampliación de Estudios; es del año 1916. Es un catálogo de las publicaciones científicas de entonces; aparecen nombres como Las Barras de Aragón, F. Bescansa, De Buen, Calderón Fernández Ascarza, E. Fernández Galiano, González Frago, Jiménez de Cisneros, A. Caballero, E. Moles, Tello, Barnés, Ballesteros, Bernaldo de Quirós, Obermaier, Cabrera, etc.; todos figuras eminentes de las Ciencias españolas, Matemáticos, Ingenieros, Filólogos, Zoólogos, Educadores, Figuras de la Teoría del Derecho, Botánicos, etcétera.

Pero desde 1939 cayó una cortina de silencio sobre todo lo anterior (y conste que defendimos al C. S. de I. C. en su parte positiva, hasta que por propia experiencia nos convencimos de una cosa: casi exclusivamente se iba a defender la Edafología, el resto de las Ciencias Naturales importaba mucho menos).

PREFACE

The lure of a rendezvous with the "Maids of Honor" and Goya's "Naked Maja" draws crowds of sightseers daily into the far-famed Prado Museum of Art. But next door, behind the high iron fence of the Jardín Botánico de Madrid, scarcely anyone comes. Even the gardeners are too often absent for want of money to pay them.

The director fondles his maroon and gold guestbook, proudly pointing to the signature of Umberto, onetime king of Italy, but lamenting the lack of Spanish names among the distinguished company.

The dignified gate to the garden, fronting on the noise and gasoline fumes of the busy Paseo del Prado, is the symbol of a vanished age. Dating from 1781, the gate honors the king who gave life to the garden, Charles III, "restorer of the botanic art for the health and delight of his citizens." Through the portal one enters that age now vanished, an age when the botanic garden was new and Spain yearned to become, and spent money freely trying to become, the world leader in plant exploration, an age when botany was a matter of state and ministers were not strangers to the botanical scene.

Hispanophiles, to ward off the buffeting so often their lot in the field of world opinion, have seized upon these words of Alexander von Humboldt, the great German scholar who witnessed first hand this moment of Spanish glory:

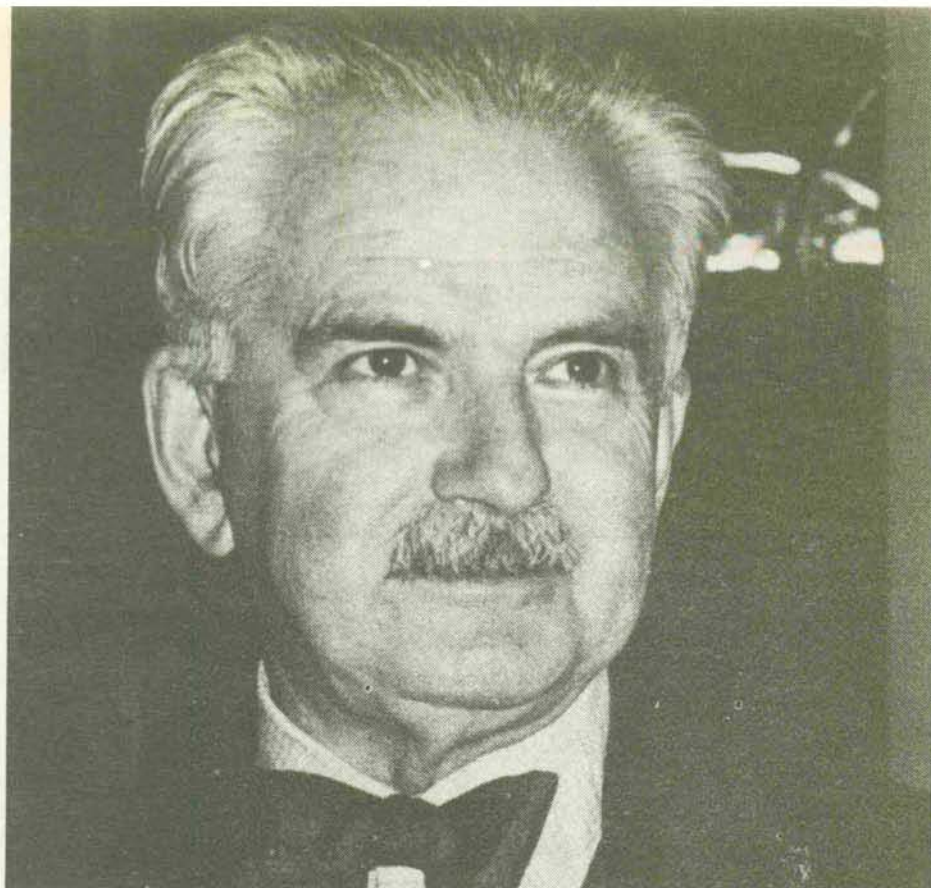
No European government has laid out greater sums to advance the knowledge of plants than the Spanish government. Three botanical expeditions, those of Peru, New Granada, and New Spain, . . . have cost the state about two million francs. Besides, botanic gardens have been established at Manila and in the Canary Islands. The commission destined to survey the Güines canal was also charged with examining the vegetable products of the island of Cuba. All this research, made during twenty years in the most fertile regions of the new continent, has not only enriched the domain of science with more than four thousand new species of plants; it has also contributed greatly to spread the taste for natural history among the inhabitants of the country.¹

1. Translated by the author from Alexander von Humboldt, *Essai politique sur*

Vamos a comentar ligeramente la serie de seis artículos aparecidos en «El País», firmados por el profesor Laín Entralgo: Al referirse el autor a la Universidad establece como una de sus misiones fundamentales la actividad número 3: «Investigación científica y niveles superiores de enseñanza». Indicando que existe un círculo vicioso en la relación entre Universidad y Sociedad. Y da como solución la necesidad de que los universitarios sirvamos a la sociedad mejor de lo que ésta merece. Yo diría al profesor Laín que una gran parte de la Universidad cumple con su obligación investigando y enseñando con unos incentivos de cuerpo incomparablemente menores que los que reciben otros servidores de la Sociedad, a pesar de que se le arrebataron, en cuanto a las Ciencias Naturales, gran parte de sus medios, y estuvo de hecho imposibilitada de grandes cosas, pues no tenía una sola peseta para investigar hasta que el ministro Lora Tamayo estableció una ayuda efectiva, reconociendo así un indiscutible derecho que le había sido arrebatado.

No decimos, como Laín Entralgo: «**Cuánta mala retórica, cuánta retórica convencional en el preámbulo de la Ley que creó el Consejo Superior de I. Científicas**». Sólo pedimos que se cumpla de verdad la misión investigadora de la Universidad que aparece en dicha Ley. Pero, sobre todo, pedimos que no haya promiscuidad entre ambos organismos, especialmente en las Ciencias básicas, y repetimos: se devuelva al organismo universitario lo que se le quitó.

Tampoco estamos conformes con lo indicado por el mismo autor en la serie de artículos también aparecidos en el citado diario: «Nuestra Cien-



Como decía humorísticamente Julio Caro Baroja: «...¡y crearon los Institutos de Doña Berenguela, Bernardo el Gotoso, Bernardo el Diácono!... ¡Racataplán... Racataplán! Lo que no funda uno no es histórico, ni tradicional, ni venerando». ¡Qué gran verdad, don Julio! (En la fotografía, don Julio Caro Baroja. Foto Ramón Rodríguez).

cia», «, 2 y 3. En los que propugna una mezcolanza Consejo-Universidad. No nos extraña, dado el carácter anfótero del pensamiento del ilustre catedrático de Historia de la Medicina.

Para terminar, nos vamos a referir al Decreto de 19 de mayo de 1938 por el que se encomendaban al Instituto de España las misiones de la antigua Junta de Ampliación de Estudios. Dicho Decreto lo firmaba el ilustre catedrático Pedro Sáinz Rodríguez, y establecía que los centros científicos: **¡podrían estar situados en los centros universitarios que convenga!** Todo cambió con la salida de Sáinz Rodríguez, llevándose a cabo después una política de investigación de paulatino distanciamiento de la Universidad.

Y no olvidemos que Sáinz Rodríguez decía lo siguiente en su obra «Testimonio y Recuerdos», pág. 264: «Una frase de Paulsen en su gran **Historia de las universidades alemanas** creo que define de manera

magistral cuál es la función **esencial** de la Universidad: La Universidad —dice Paulsen— "es el organismo para la continuidad de la ciencia"».

Luego se fue dejando a un lado la Universidad, se olvidaron durante cuarenta años los centros científicos y culturales anteriores a 1939: El Ateneo, el Museo de Historia Natural, el Jardín Botánico, el Museo Pedagógico, etc. Como decía humorísticamente Julio Caro Baroja: **...¡y crearon los Institutos de Doña Berenguela, Bernardo el Gotoso, Bernardo el Diácono...! ¡Racataplán... Racataplán!** Lo que no funda uno no es histórico, ni tradicional, ni venerando.

¡Qué gran verdad, don Julio!

Ahora, después de 36 años, parece que han suprimido el Instituto A. J. Cavanilles, aunque no hemos visto la disposición en la Gaceta. Pero no se le han devuelto a la Facultad de Ciencias los herbarios del Jardín Botánico, que durante más de un siglo ella formó. ■

F. B. R.